

ISIDRO HERNÁNDEZ, *Trasluz*, La Esperanza, Tenerife, Asphodel, 2000.

«Sé donde me meto, en la boca del lobo; del lobo de los idólatras, de los fanáticos, de las mayorías, esto es, en la boca de la mayoría. Presumo algo de lo que me espera, porque salir hoy a campo abierto en defensa de las minorías es casi empresa de Manchego». Pedro Salinas iniciaba de esta suerte uno de los capítulos de *El Defensor*, su heroico salir a los caminos del arte sin linaje y sin espada, a la intemperie, acometiendo y enderezando sus muchos entuertos, en este caso concreto para dignificar la imagen del *artista minoritario*, continuamente vilipendiado por los oficientes —dóciles y convencionales— de un arte a la sombra y merced de la sociedad, entregado al fácil solazamiento de sus horas de holganza. Pedro Salinas reincide en lo que Ortega ya había diagnosticado para el arte nuevo: un sacrificio de recogimiento, una vanidosa inteligencia que repliega infulas en favor de la autenticidad y a costa de la lapidación de la barbarie, de la masa ignorante que recela y ruge ante lo que jamás será capaz de comprender. Juan Ramón Jiménez, Paul Valéry, Eugenio Montale, Claude Royet-Journoud, Yves Bonnefoy y tantos y tantos poetas de lenguas y tradiciones diversas reafirman con su quehacer el absurdo de una «democratización de la cultura», cuestión ésta, por otro lado, tan lúcidamente planteada por el *humanismo crepuscular* de George Steiner. Si el poder económico, la banalidad, el sexo, el consumismo desaforado y el fanatismo del fervor futbolístico que detenta el actual capitalismo impiden en muchos casos la comunicación de valores filosóficos y estéticos, la sobrecogedora profesionalización del crítico de arte ha decidido el pulso triunfal en contra de la cultura. El crítico o el intelectual —que categorías hay y variopintas— se erigen hoy albaceas de las preferencias estéticas del público y, entronizados en su púlpito, vinculados sin pudor a un sistema que especula comercialmente con el arte, prorrumpan en anatemas o licencias absolutorias que —fluctuantes, interesadas— determinan, en primera instancia, la valía o el demérito de obras y escritores. Es éste el horror del siglo que nos circunda, un estadio en nuestra evolución en el que ni las humanidades ni la razón de la ciencia

han podido detener el devastador avance de lo inhumano. E inmersos en este caldo de cultivo de total descrédito para las artes y el pensamiento, unas estadísticas paradójicas según las cuales cada vez más creadores se autodenominan poetas o artistas, proporción, a todas luces, inversa al decrecer del verdadero sentimiento del arte.

La poesía de Isidro Hernández nace del sentimiento de lo común, elige la disidencia como linaje y se desautoriza a sí misma para así, transterrada, buscar a sus lectores *del otro lado*, lo más alejados posible de este tráfico y confabulado trasiego de intereses que, ajenos a la obra, hacen de ella un objeto más para el rédito y el intercambio numerario. A lo largo de la modernidad, una minoría escogida de autores —a la que el autor de *Trasluz* se incorpora— ha fundado y reconocido como búsqueda esencial de su palabra la mortificación de la lengua, esto es, trastornar aquel significado consabido, acallar consignas estándar y astillar voluntariamente su discurrir explicativo, desamordazándola de tan dura coacción sintáctica, procurándole escalas nuevas hacia saberes ignorados. Este doblegamiento se convierte para el poeta en un ritual que habrá de llegar, si fuera necesario, hasta la sangre o la ceniza, hasta reconvertir su natural llaneza —el aspecto maleado que detenta todo lo que padece un uso abusivo con fines meramente utilitarios— en el alimento y manifestación de un quehacer espiritual. En efecto, este libro de Isidro Hernández, junto a todos y cada uno de los que componen la hermosa colección que dirige Ferdinand Arnold, *Asphodel*, coinciden en esta inalienable autonomía como principio creador inexcusable de toda poesía que se precie de serlo. Y todas estas obras se publican en *Asphodel*, una colección copartícipe, en nuestro ámbito insular, de una trayectoria que antes surcaron otras empresas literarias también sin apoyo institucional, como *Espacio El Mar* o *Cifra*, desligadas del sistema normalizado de la actividad editorial, de escasa imagen exterior y con un carácter de pura subsistencia; una colección, asimismo, que —como ya he señalado en otras ocasiones— si de un lado padece esta involuntaria indigencia económica, de otro afronta sin flaqueza la renuncia a otros llamamientos disintos de los estrictamente poéticos. Su único fin es servir

de *marco ideal* —austero pero elegante— a las palabras que habrán de vivificar sus páginas interiores. Luego sólo resta el regalo para los ojos y las manos, el gozo para aquel lector —poco importa si sólo uno o cuarenta— que, en rigor, desee el libro, como así versa el lema de Roland Barthes que encabeza la colección: «Puisque le texte doit aller à qui le désire» [«Porque el libro ha de ir a quien lo desee»]. *Trasluz*, de Isidro Hernández, supone ya la entrega número catorce de *Asphodel* y una batalla más ganada contra numerosas dificultades económicas que sólo compensa la satisfacción del *libro bello* —en el sentido juanramoniano del término— finalmente realizado, sin merma alguna del exigente y exquisito gusto de quien, sin duda alguna, vive también bajo el signo de la Poesía. Ferdinand Arnold gusta del arte anárquico que hace de la memoria y la herencia cultural un motivo de obligada y rigurosa responsabilidad para el artista, de renovación constante del lenguaje y de sus infinitas e inexploradas posibilidades. *Trasluz* y *Asphodel* son dos *rarae aves*, inexistentes a la hora de catalogar poetas o editoriales, al margen de clasificaciones de ventas; un libro y toda una colección que por la apariencia tosca o imperfecta del acabado artesanal —libro a libro pacientemente cortados, cosidos y pegados a mano— resulta escasamente atractiva para competir, en los escaparates, con otras editoriales de lujosas encuadernaciones a color, sobreportada o cubiertas de materiales nobles, ante los que éstos quedan eclipsados, condenados al olvido en el más alejado de los anaqueles de la librería, junto a otros o defectuosos o «algo raros» para los —una vez más— intereses de la mayoría.

*Sí, voci non più udite si risvegliano*

MARIO LUZI

Qué lindes o espesuras  
Pregunto  
Me verán pasar esta noche

[*extravío*]

Como gran parte de la poesía contemporánea, el poema asume la indagación como única manera de afrontar el mundo y la poesía se

ausculta inquisitiva, pone en cuestión sus propios límites y su propia necesidad. El poema adquiere entonces un carácter prescindible, sin aspiración alguna a decir o enriquecer la realidad, consciente de su fragilidad y a cada instante amenazado por la desaparición. Transformado en *pyrausta*, en delicadísima mariposa de luz, el poema es incapaz de soportar la incandescencia del mundo; los versos, asediados por sus llamas, arden y se consumen ante la pura visibilidad que los ciega. En este sentido, Isidro Hernández advierte que la verdad o el conocimiento al que la poesía siempre aspiró acaso esté presente, pero oculta, y que perseguirla e intentar apenas rozarla puede ser poco menos que una misión imposible: en ese instante la palabra cederá y aquella verdad intuida habrá de enmudecer para siempre. Por eso los poemas de *Trasluz* invierten la común dirección que la historia del arte señaló desde sus comienzos, desde aquella caverna platónica que impulsa al hombre hacia la *pura luz* como única fuente de conocimiento y de dignificación espiritual para el ser. Esta —denominémosla así— «historia del ojo» queda obtenida en *Trasluz* en beneficio de la entrevisión, de una realidad informe en la que la luz, religada aún a su faz negativa, cohabita con las sombras. Es en el «envés partido» de la primera luz donde el poeta halla sus manos o durante la «vigilia de los cuerpos», a «deshoras», cuando más grato puede resultar el extravío por los campos; no en la presencia rotunda de las cosas y los seres, sino en su solo reflejo, en un «azul del mirar» que se ofrece y a la vez se oculta, al que hay que saber llegar.

La poesía de Isidro Hernández insiste en términos que niegan o invierten los actos automatizados y comunes de la vida en sociedad: «desandar», «descalzar», «extravío», «pérdida», caminar hasta «alcanzar las sombras»... y es que del mundo, *Trasluz* rescata todo eso que la razón pretende descubrir y que esta poesía procura preservar: su misterio, lo aparente, aquello que parece no ser si la palabra falta. Es aquí, en el sentimiento del infinito que comienza en cada cosa, donde trémula y emocionada su palabra se abre a la entrega gozosa, «goteante», de lo real. El poema es —según el propio autor— «una gran sonrisa de gratitud ante la vida», una copulación *in extremis*, en la que el cuerpo —sus órganos,

sus fibras sensibles, su piel, todo— accede, con total disponibilidad, al encuentro con el mundo. A la manera de aquella alegría casi infantil de Saulo Torón, el poeta grancañario que celebra el nacimiento de cada día en las orillas de su isla, así la mirada cándida, la capacidad de asombro ante la maravilla que también, día a día, se renueva a los ojos de Isidro Hernández. Su poesía es el único tributo que puede ofrendar a esa mañana que llega hasta su cuerpo «rápida como el vuelo de cien pájaros», al apagamiento, en ese instante preciso, de las pequeñeces de lo humano —«una confusa máscara de voces»— y a la sensación final del prodigio, sitiadas todas las cosas por la luz del amanecer. El afuera ha penetrado, a través de la palabra, en el poeta; un puente se ha tendido desde el *trasluz*, desde la incertidumbre de «la luz tamizada, luz nacida en sombra» —como dijera Agustín Espinosa— de su fina sensibilidad.

Este primer poemario del autor que hoy presentamos traduce la inevitable tensión de fondo entre el poeta en su lengua y el hombre en su mundo, el dual destino que padece el creador, a medio camino entre su existencia social como miembro de una comunidad y su existencia individual, entre su obligación para con los demás y la obligación que ha contraído consigo mismo. Isidro Hernández ha elegido el disentiimiento como poética, la obediencia incoercible a su libertad, contraviniendo no sólo las formas y el uso común de la lengua, sino también su modo particular de situarse ante la realidad. Y es que, como la crítica ha señalado en más de una ocasión, una poética es una manera de estar en el mundo, o mejor, una poética *debe ser* una manera *distinta* de estar en el mundo.

MARIANELA NAVARRO  
Universidad de La Laguna